

# Gracias por ser mucho más que 132 Carta Abierta a los alumnos y alumnas de la Ibero

Luis Díe Olmos \*

Creo que ustedes se encuentran en uno de esos momentos en que el futuro se acerca al presente hasta tocarlo, de forma que todo cuanto se haga en esta ocasión privilegiada puede tener consecuencias históricas, en términos de un profundo cambio social. Cambio que, por otro lado, se plantea y se pide —al igual que ustedes— en muchos otros países del mundo. Lo que ven, lo vemos muchos más: un mundo excluyente, gobernado sin transparencia y, en el peor de los casos —con demasiada frecuencia— por personajes corruptos, siniestros o incompetentes, marionetas de unos poderes manipuladores que nunca permitirán la inclusión social, la construcción de una sociedad en la que quepamos todas y todos, en la que las personas podamos encontrar un futuro digno y decidir qué deseamos para nosotros y para nuestros hijos.

Les pido disculpas por comenzar estas líneas con una interpelación dirigida, no hacia el movimiento «Soy 132», sino hacia todos los estudiantes de la Universidad Iberoamericana y, por extensión, a todos los alumnos y alumnas de las universidades

jesuitas, y de todas las universidades en general.

Quiero comenzar preguntándoles, ¿qué esperan conseguir con sus estudios?: ¿un «buen» trabajo, que les dé acceso al poder, al privilegio y a la propiedad, todos ellos excluyentes?, ¿sólo aspiran a eso en la vida...? Si fuera así, entonces, discúlpenme, tiendo a pensar que no merecen la educación que están recibiendo porque cuando terminen sus estudios serán parte de los problemas del mundo y no parte de la solución a dichos problemas; problemas que afectan a millones de personas, pueblos y países enteros.

Ustedes son jóvenes: ¿en qué mundo quieren vivir?, ¿en el mundo actual?, ¿en la realidad que nuestros países nos muestran como «la única posible»? ¿En serio no sienten indignación ante la corrupción, la manipulación informativa o política (o ambas cosas a la vez), la injusticia, la violencia, tantas y tantas desigualdades sociales que se convierten en exclusión social, en exclusión de una vida digna de ser vivida...? ¿Qué mundo queréis?, ¿de

\* Profesor de la Universidad Católica de Valencia «San Vicente Mártin» y técnico del Departamento de Estudios de la Fundación CeiMigra-Valencia, de la Compañía de Jesús.  
luis.die@ucv.es

veras os vais a conformar «con lo que hay», con lo que les ofrecen los corruptos, los manipuladores, los que sacan provecho de una verdad que oprime y mata —en sentido figurado, pero también literal— a tantas personas? Es imprescindible y urgente que se atrevan a soñar, a pensar y a construir un mundo distinto,<sup>1</sup> una sociedad mexicana diferente.

Otro mundo es posible, pero nadie les va a regalar ese otro mundo. Ese mundo deben hacerlo posible; tienen que construirlo cada uno de ustedes. Es como si —al margen de lo que hagan los demás— cada uno de ustedes tuviera que hacerse responsables de su mundo (de sus estudios, de su ejercicio profesional, de sus vidas) primero, y de toda la sociedad y del mundo entero después.<sup>2</sup> De lo contrario, ningún otro mundo será posible y, entonces —de nuevo pido disculpas— me pregunto: ¿para qué servirá su educación y sus conocimientos? La pregunta consiste en si es posible la neutralidad en un mundo o en una sociedad injusta. O, si lo prefieren, ¿a quiénes beneficia la pretensión de neutralidad?, ¿quiénes se beneficiarán de la pretensión de neutralidad de todos nosotros?

En mi opinión, hay un gran cambio social pendiente. Más allá, mucho más allá de las revoluciones —que fueron necesarias— pero que se demostraron desde muy pronto insuficientes por la libertad y la igualdad en los siglos XIX y XX. Queda una gran revolución por hacer: asumir los cambios en nosotros, en la aplicación o ejercicio profesional de nuestros estudios y conocimientos, y en nuestra vida personal, *antes de que el mundo cambie*. Tenemos que sentir, pensar y actuar (hacer realidad) en nosotros lo que nos hemos atrevido a soñar para el mundo: ¿quiero un mundo sin corrupción, sin manipulación y sin mentiras,

sin violencia ni injusticia ni opresión? Entonces yo debo comportarme de ese modo antes de que el mundo cambie. Eso es lo que puede cambiar el mundo, y no la pretensión —que tantas veces hemos escuchado— de que son otros los que tienen hacer que el mundo cambie. Es evidente que, entonces, hemos de aprender a vivir ese proyecto y hemos de aprender a aceptar las consecuencias y los «costes» (profesionales, económicos, personales...) de esas opciones.

Si lo único que nos mueve es nuestro propio beneficio personal; nuestra posición profesional, económica o social; nuestro ascenso, nuestro estatus, nuestros ingresos... entonces, en mi opinión, no valemos casi nada como personas y, de nuevo, somos parte de los problemas que se expresan a través de todas las injusticias y desigualdades de este mundo, de su sociedad y de la mía.

Si afirmamos que la Verdad nos hará libres, tal y como consta en el lema de su Universidad, entonces habremos de asumir que todas las mentiras, engaños, corrupciones, manipulaciones y violencias nos esclavizarían a nosotros, a los «ganadores» tanto como a las víctimas. En la puerta de su Universidad (al menos de la Ibero León), tienen una importante propuesta del padre Arrupe<sup>3</sup>: «ser personas para los demás» (no para nosotros, no para los grupos del poder<sup>4</sup> político, económico, militar...). San Ignacio de Loyola (1982) planteaba la necesidad urgente de «salir de nuestro propio amor, querer e interés».

Zubiri planteó que el proceso de humanización había de tener como horizonte, necesariamente si era real, el amor como servicio y entrega de sí a los demás y a la comunidad. Una conclusión

1. Véase Hessel (2011).

2. Véase Hessel (2011a).

3. Arrupe (1972, 1982, 1983).

4. AA.VV. (1967).

terrible de la filosofía de Zubiri, para quien no hay ni puede haber neutralidad alguna, viene a decir que, en cada una de nuestras acciones, hasta las supuestamente más personales o íntimas, se pone en juego el futuro de toda la humanidad, porque nunca podremos saber el alcance de nuestra acción en el tipo de persona que somos ni los efectos directos o indirectos que pueda tener en los demás, presentes o futuros (Ellacuría, 1991).

Los padres jesuitas Ignacio Ellacuría<sup>5</sup> y Jon Sobrino,<sup>6</sup> resumían de esta forma la propuesta que estamos planteando: «hacerse cargo de la realidad, para encargarse de ella

y cargar con ella...

dejando que sea ella la que cargue con nosotros». Un

conocimiento no

neutral de la verdad

que nos lleva a responsabilizarnos de ella y de las personas concretas, muy especialmente de las víctimas de la historia y que, desde luego, tendrá costes que tendremos que aprender a «cargar», a llevar sobre nuestros hombros. Pero nadie somos «súper-héroes» y tenemos que aprender que son «los otros», muchas veces aquellos a quienes intentábamos ayudar, los que nos enseñan, los que hacen posible nuestro compromiso, quienes nos apoyan y nos ayudan a nosotros.

Desde todo esto surge una dificultad obvia: ¿cómo, desde dónde alguien puede elegir un camino que nos puede hacer perder?, ¿quién se atrevería a apostar a perder? Al principio dije algo que quizá sonó duro (no se merecen la educación que están recibiendo...). Siendo objetivos, nadie merecemos lo que tenemos, la posición que podamos alcanzar. No pocas personas afirman: «yo he estudiado y me

he esforzado, luego yo me lo he ganado». Incluso aceptando la responsabilidad del propio estudio y esfuerzo, todo se nos ha dado. Nuestras respuestas (el estudio, el esfuerzo, las prioridades y los valores), nuestras capacidades y, desde luego, todas las oportunidades que resultan de las anteriores: todo se nos ha dado, ya que dependen, fundamental y radicalmente, de la familia en la que hemos nacido y de los encuentros que uno ha tenido «por casualidad» en la vida con alguna persona que se convierte de pronto en referencia y modelo a imitar. *Y nadie elige la familia en la que ha nacido ni los encuentros que cada uno hemos tenido.* Por ello, nadie «hemos merecido» nacer en la familia en la que nos ha sido dado nacer ni haber encontrado a esas personas que se han convertido en referentes personales: ni los que hemos salido beneficiados por esta circunstancia ni los que han salido perjudicados, sin que ello anule, en absoluto, la libertad personal y la responsabilidad por nuestras decisiones.

Las mismas capacidades «naturales» y aun el mismo esfuerzo, en un contexto familiar distinto, llevarían —nos llevarían— a oportunidades, capacidades y situaciones bien diferentes. Si estamos bien y nuestro futuro es —para nosotros— esperanzador, entonces eso depende de una «casualidad» y no de nuestro propio merecimiento. Nos convertimos así en unas personas privilegiadas en un mundo injusto y, por ello, estamos en deuda con quienes corrieron peor suerte que nosotros. Nuestro privilegio nos hace responsables de los demás y hace que la pregunta: «¿dónde está tu hermano?» vaya dirigida a nosotros de un modo muy especial.

Sin embargo, la cuestión sigue planteada: ¿cómo, desde dónde o, mejor dicho, desde qué experiencia podríamos elegir «salir

## Nuestro privilegio nos hace responsables de los demás

5. Ellacuría (1984, 1993-2002); Ellacuría y Sobrino (1994); Ellacuría, Sobrino y Cardenal (1994).

6. Jon Sobrino (1984, 1992, 1999).

perdiendo)?, o de un modo más probable, ¿por qué habríamos de renunciar a llegar tan alto, a «ganar», tanto como pudiéramos?

Técnica o académicamente podríamos contestar: «por razones humanitarias», «por solidaridad o altruismo», «por razones político-ideológicas», «por razones religiosas»... Lo cierto es que todas estas respuestas presuponen distintos «meta-relatos» o cosmovisiones. Pero, desde mi punto de vista es una respuesta evasiva o, al menos, insuficiente. Desde lo que me ha sido dado vivir, aquella posibilidad depende de una experiencia personal que, efectivamente, puede tener todos esos distintos orígenes. Esa experiencia personal, sin embargo, puede tener elementos comunes:

1. Consciencia de la verdadera realidad (no de la cacareada por las diferentes agencias de desinformación, manipulación mediáticas y políticas).
2. Impacto personal profundo de las realidades de injusticia, dolor y sufrimiento humanos.
3. Indignación y rebelión ante la opresión que suponen, en tanto más evitables sean esa injusticia, dolor y sufrimiento humanos.
4. Solidaridad (compromiso «sólido») y compasión (hacerse cargo, para encargarse y cargar con la situación del otro) con las víctimas, con los pobres, con los que no pueden valerse ni defenderse por sí mismos, con los que no tienen a nadie que cuide de ellos.
5. Abrirse a las consecuencias (re-aprender a sentir, a pensar y a actuar desde) de esas opciones.

Se trata, en realidad, de alternativas personales que posibilitan esa experiencia; es decir, que la hacen posible y de las cuales depende que podamos elegirla de entre otras. Nadie puede optar por nosotros, nadie nos puede decir lo que cada uno o cada una tenemos que hacer, cómo, en qué lugar o en qué posición. Y si esas opciones no nos brindan un sentido para nuestra vida, si no sabemos encontrar nuestra plenitud personal, si no «nos llenan», entonces no podremos mantenerlas. Pero este es sólo un primer nivel de profundidad humana que, en mi opinión, aunque ya sería mucho, es todavía insuficiente.

Una experiencia como la descrita arriba depende de un profundo encuentro con un «otro», con los otros y con el radicalmente «Otro». Este encuentro es lo que nos cambia sustancialmente, desde las raíces



de nuestro ser; lo que nos reconstruye como personas.

Hemos de atrevernos a mirar al otro, al diferente, al excluido, al pobre, y hemos de mirarle a la cara, a los ojos; hemos de intentar dejarnos ver a los ojos por esa persona; hemos de aprender a observar nuestra realidad desde la suya. Y será su aceptación y no nuestra voluntad de ayudar

**En esos encuentros (con el otro, con los otros, con el radicalmente «Otro») es cómo la persona se percibe a sí misma**

lo que resulte ser un encuentro transformador, siempre que no nos escondamos tras nuestros roles profesionales.

Debemos atrevernos a mirar a los otros, al mundo, a las muchísimas víctimas, así como a mirarnos a nosotros mismos, de nuevo, desde esos otros, desde ese mundo, desde esas víctimas concretas y reales. Ese encuentro, ese reconocernos a nosotros mismos desde aquellas situaciones, también puede resultar un encuentro transformador.

Y, quizá, no siempre, no automática o mecánicamente en ningún sentido ni siquiera figurado, nos encontremos puestos ante el radicalmente «Otro». Si nos dejamos mirar por Él, ese encuentro, puede cambiar por completo nuestra vida. Supone una refundación de la persona que queda transformada en su misma constitución personal, en su mismo ser más profundo. Tras ese encuentro, ya nada es lo mismo: ni la persona ni la realidad ni el mundo. Lo que cambia es la-persona-en-la-realidad-y-en-el-mundo.

Lo que se ha modificado en cada uno de esos encuentros (con el otro, con los otros, con el radicalmente «Otro») es cómo la persona se percibe a sí misma, en su

verdad personal y biográfica, en la posición que ocupa, el papel que desempeña en la realidad completa y en su relación con el mundo. Así mismo, cambia la profundidad y la trascendencia de la verdad. De pronto, uno se encuentra como percibiendo la profundidad y la trascendencia de las propias acciones, de las distintas realidades y de la realidad global. Desde ahí ni la superficialidad ni la pretensión de neutralidad son posibles ni deseables.

Comencé con una interpelación a los alumnos y alumnas de la Universidad —de toda universidad, pero, con más motivo, a los de las universidades jesuitas—. No sería honesto que terminase, y pido disculpas por el atrevimiento, sin una interpelación a los profesores y coordinadores de estas universidades. Por si vale como fundamento de mi disculpa, sepan, alumnos y profesores, que el cuestionamiento me lo planteo, exactamente igual, pero con mayor exigencia, a mí mismo.

Todos necesitamos ejemplos y referentes, y estos ejemplos y referentes —que los hay y algunos de ellos resultan impresionante por su enorme calidad humana— hemos de buscarlos porque, por desgracia, no abundan ni entre quienes somos docentes en nuestras universidades o desempeñan cargos directivos o de acompañamiento personal o pastoral.

Creo que, quienes deberíamos ser ejemplos y referentes de humanidad y de calidad humana para nuestros alumnos y alumnas, tenemos la obligación urgente de preguntarnos si realmente somos referencia en algún sentido o nos autopercebimos como meros transmisores de conocimientos técnico-instrumentales, porque en ese caso temo que no valemos mucho y —de nuevo pido disculpas— no

nos merecemos estar donde estamos. Precisamente entre nosotros deberíamos evitar aplicar este cuestionamiento a tal o cual persona de la que, estamos seguros, bien haría en aplicarse lo que aquí se dice. Somos cada uno de nosotros quienes deberíamos cuestionarnos nuestra calidad humana, nuestra universalidad, nuestra ejemplaridad.

La pregunta sería si somos en algo referentes —y de qué— o no para nuestros alumnos, ya que tal vez somos referencia del mundo que nuestros alumnos y alumnas están deseando cambiar o sobre el cual están mostrando su disconformidad. Sería terrible que nuestros alumnos pasaran por nuestras universidades sin encontrar a nadie que les haya permitido ver que es posible una realidad distinta, que es posible vivir de un modo diferente a lo que los corruptos, manipuladores y violentos plantean como única posibilidad para todos los seres humanos y para la sociedad.

Si de verdad queremos que los alumnos y alumnas de nuestra Universidad puedan ser algún día mujeres y hombres para los demás, tendremos que comenzar por incluir en nuestras asignaturas, en nuestros departamentos, en nuestras universidades, el modo en que sea posible aplicar ese «para los demás» —no para nosotros, no para los grupos del poder político, económico, militar...— en nuestro modo de ser personas y profesionales. La mayor excelencia de nuestros alumnos no lo dará dónde han trabajado, sino para quién han trabajado; al servicio de quién se han puesto; a quién o a qué han sido fieles y leales.

En la puerta de la Ibero León se encuentra una figura de san Ignacio cuando trataba de ganarse al entonces estudiante Francisco

Javier: «¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?». ¿Es eso lo que nosotros enseñamos a nuestros alumnos?

Ellacuría, como rector de una Universidad de la Compañía de Jesús, decía que la razón es siempre una razón al servicio de algo o de alguien. Debemos, pues, preguntarnos al servicio de qué o de quién está nuestra razón, la de cada uno de nosotros,

como profesores o como miembros de nuestra comunidad universitaria porque eso es lo que van a ver nuestros alumnos y eso es

lo que estamos sembrando en ellos. Y, consiguientemente, nosotros somos los primeros responsables de los modos de ser persona, de las maneras de estar en la realidad y de las formas de responder a ella, que nuestros alumnos tendrán a su alcance. Por suerte, ellas y ellos, nuestros alumnos, pueden tomar sus propias opciones, con nuestra aportación o a pesar de ella.

Termino: en la concentración del movimiento «Soy 132» en la ciudad de León, algunos alumnos de muchas universidades decían: «Nosotros aprendimos, ahora enseñamos», y algunos profesores de la Ibero comenzaron a contestarles: «Nosotros enseñamos, ahora aprendemos». A todas y todos ustedes les doy las gracias porque son mucho más que 132 —por supuesto en número, pero no solamente—: representan la posibilidad de un mundo distinto y mejor, por el que habrá que trabajar, esforzarse y asumir costes personales. Sepan que no están solos, que la dignidad humana siempre ha tenido grandes defensores y mayores testigos; sepan que el esfuerzo vale la pena, incluso en los momentos que más nos

**Comenzar por incluir en nuestras asignaturas, el modo en que sea posible aplicar ese «para los demás»**

cuestan. Les doy las gracias, de corazón, por haberse atrevido a sentir esa indignación, esa disconformidad y por haberse atrevido a reivindicar su propio espacio, su libertad

y su voluntad, su responsabilidad en la sociedad y ante el futuro. Gracias, y sepan que para mí ha sido un honor ser, siquiera por unos breves momentos, otro 132. ■

---

## ■ REFERENCIAS

AA.VV. (1967) *La carta del Padre Arrupe: réquiem por el constantinismo*. Barcelona: Ed. Nova Terra.

Arrupe, Pedro (1972) *Ante un mundo en cambio*. Madrid: Ed. EAPSA/Hechos y Dichos.

— (1982) *La Iglesia de hoy y del futuro*. Santander: Ed. Sal Terrae.

— (1983) *Hombres para los demás*. Barcelona: Ed. Diáfora.

De Loyola, Ignacio (1982) *Obras Completas*. Madrid: Ed. BAC.

Ellacuría, Ignacio (1984) *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios, para anunciarlo y realizarlo en la historia*. Santander: Ed. Sal Terrae.

— (1991) *Filosofía de la realidad histórica*. Madrid: Ed. Trotta.

— (1993-2002) *Obras completas*. San Salvador: Ed. UCA.

— y Jon Sobrino (1994) *Mysterium Liberationis*. Tomos I y II. Madrid: Ed. Trotta.

—, Jon Sobrino y R. Cardenal (1994) *Ignacio Ellacuría. El hombre, el pensador, el cristiano*. Bilbao: Ed. EGA.

Hessel, Stéphane (2011) *¡Indignaos!* Madrid: Ed. Destino.

— (2011a) *¡Comprometeos!* Madrid: Ed. Destino.

Sobrino, Jon (1984) *Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la eclesiología*. Santander: Ed. Sal Terrae.

— (1999) *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*. Madrid: Ed. Trotta.

— (1992) *El principio misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados*. Santander: Ed. Sal Terrae.